

había ganado. Habíamos visitado á Nápoles en todos sus cuarteles: no habíamos prendido ni ocultado nuestras mascadas, y al hacer nuestras maletas todo habíamos encontrado; en fin, ya estábamos bien y debidamente encerrados en el coche de viaje y salimos sin daño. ¿Cómo no acoger benévolutamente al lazzaroni, y cómo no darle á beber un frasco de su vino azucarado, á aquel cuya probidad nos valia dos botellas de vino de Champagne?

Miéntas nos deteníamos en la aduana á llenar las últimas formalidades de policía, yo examinaba á aquellos lazzaroni, agrupados alrededor de nuestro carruaje. Verdaderos hijos de los Etruscos y de los Griegos que llegaron á estas orillas hace dos mil quinientos años, han conservado en gran parte el traje, las costumbres y los gustos de sus abuelos. ¿Creeríase que llevan todavía el gorro frigio, con el que se disfrazaron nuestros clásicos demagogos de 93? Ese gorro de lana roja se levanta en forma cónica y cae por delante, ó por detrás, ó sobre la oreja, según el capricho ó la moda. Por ciego que uno fuera no dejaría de ver en esto una prueba, sin réplica, de la tenacidad de las costumbres populares. Nápoles suministra otras muchas, algunas de las cuales se me ocurrieron. Es sabido que los Romanos ponían en sus vías pavimentos de anchas losas, y que cubrían con pinturas al fresco todas las partes de sus habitaciones. Pompeya es un monumento irrecusable de este doble hecho. Pues bien, todavía veis las calles de Nápoles y los grandes caminos que concurren allí con pavimento del mismo modo; el estuco reemplaza en las habitaciones más pobres los frescos antiguos. El lenguaje figurado de los Campanianos, 1

1 Todo el mundo sabe que el ilustre canónigo de Jorio ha encontrado en la mímica del pueblo de Nápoles, la explicación muy natural de las figuras y de los emblemas pintados en las jarras etruscas.

la forma de las tiendas, el género de vida y de cultura, lo ¿diré? pues hasta la sed de los placeres y aun de sangre, son otros tantos testimonios que no podrían escaparse al ojo ejercitado del observador.

A vista de esta admirable fidelidad no puede uno dejar de decirse á sí mismo: Si el hombre conserva con tanta fuerza costumbres puramente materiales, que se modifican sin cesar por la experiencia, la moda ó por un conocimiento más profundo del bienestar, ¿con qué energía no conservará las costumbres morales, queridas de sus pasiones, fortificadas por la educación y consagradas por la religión misma? Si profundizando este pensamiento, se reflexiona en el carácter y en el temperamento de este pueblo, en la naturaleza del clima y en la magnificencia del país que habita, entónces el milagro de su conversión al cristianismo toma inmensas proporciones. Estas proporciones tocan al infinito cuando se añade: ¡y por eso el cristianismo ha cambiado las costumbres, las creencias, las leyes y los usos, no solo de los napolitanos, sino de todos los pueblos!

Mal conducidos por un cochero torpe no pudimos llegar á Cápua sino hasta las once. Los caballos ya viejos y gastados por largo tiempo de servicio, se negaban á andar. Continuar con semejante tren era exponerse á toda especie de molestias, siendo la menor de ellas acostarnos al aire libre. Nuestros temores estaban tanto más bien fundados cuanto que debíamos volver á Roma por el difícil y casi desierto camino de los Abruzzos y del Monte Casino. Invitamos al conductor á que nos diera caballos de refresco, ó á que por lo ménos tomase un caballo de remuda, como habíamos convenido. Se negó secamente; nos quejamos al *Podestá*, que hizo llevar á su presencia á nuestro Automedon. Oídas las partes, el juez nos dió el triunfo en la causa, y terminó su veredicto con

estas palabras: "Estos señores son sacerdotes, merecen toda confianza; tú, tú solo eres un cochero." A lo cual respondió éste: "Pero si ellos son sacerdotes, yo, yo soy cristiano. *Se sono sacerdoti, sono cristiano io.*—*Birbante*, (Bribon) replicó el juez, cállate y has lo que te mando." Tuvíamos un caballo más.

A tres millas de Cápua el camino se divide en dos ramas. De sus dos prolongaciones, una se dirige hácia Roma por Mola y Terracina; la habíamos seguido al ir á Nápoles. La otra que voltea á la derecha, conduce á Aquila por Isernia y Venafro. En el punto de partida se levanta entre ruinas, una aldea insalubre y mal sana; esto es lo único que queda de la antigua Calvi, ciudad en otro tiempo célebre, cuyo vino cantado por Horacio igualaba al de Salerno. El nuevo camino que habíamos tomado atraviesa constantemente llanuras bien cultivadas, limitadas á la derecha por una cadena de montañas; pero la escasez de habitaciones extiende en aquellos lugares cierta tristeza é inspira casi espanto. Ya era de noche cuando llegamos á un albergue aislado, llamado, según creo, *Ponte Storto*.

Si las relaciones de los viajeros en Oriente son fieles, podemos lisonjearnos de haber visto un verdadero caravanseraíl 1. Era una casa completamente solitaria, establecida á la orilla de un camino; un vasto patio cuadrado, semejante al claustro de un convento, sin la elegancia en los pórticos; *locanda*, abierta á los cuatro vientos y poblada provisionalmente de toda especie de hombres y de cuadrúpedos, como asnos, caballos, bueyes, búfalos y mulas; no faltaba más que el dromedario. Allí encontramos de ciento á ciento cincuenta reclutas; unos, rodeados de una ancha hoguera, guardaban silencio tristemente, ¡pobres jóvenes, pensaban tal vez en sus ma-

1 Parador público de Oriente.

dres! otros, sentados en largas mesas, hablaban del país; decían ruidosos brándis ó prestaban el oído al sargento reclutador que tenía más de una historia que referir. Entre nuestros compañeros de viaje se hallaba un joven pintor escocés. El espectáculo de esta escena, débilmente iluminada por las llamas de la hoguera casi apagada, le pareció digna de su lápiz; es difícil, á la verdad, aun en Italia, encontrar asuntos más pintorescos. Nada tengo que decir de la comida que se nos sirvió, porque nos fué casi imposible tocarla. Se habían agotado las provisiones por los numerosos viajeros que se nos habían anticipado, y á pesar de nuestra huésped, que era una excelente mujer, nos fué necesario sufrir el adagio: *Tarde venientibus, ossa*. (Los huesos para los que llegan tarde). En cuanto al sueño nada de silencio; fué contenido toda la noche á una respetuosa distancia por el ruido de los carros, por los gritos de los arrieros que llegaban ó que salían, por los cantos de los reclutas y por el movimiento tenaz que reinó en todas las partes de la *locanda* hasta el despuntar el día; no todas son rosas en los viajes!

3 DE MARZO.

San German.—Ruinas.—Monte-Casino.—Iglesia.—Biblioteca.—Recuerdo.—Anécdota.—Hotel dell'Amalfi.

Antes del alba estábamos en el camino de San German y del Monte-Casino; el mismo paisaje que la vispera, solo que el valle se reduce, y de trecho en trecho se ven pequeñas aldeas, ó más bien grupos de casas blancas suspendidas al flanco de las montañas, como los nidos de golondrinas á las murallas negruzcas de un viejo castillo. El tiempo estaba soberbio y tan suave ya, que la inocente alondra cantaba sobre nuestras cabezas la vuelta de la pri-

mavera. ¡Qué diferencia entre sus graciosos acordes y los gritos salvajes y el tumulto horrible que quebrantaron tantas veces los ecos del valle solitario! Aquí pasaron sucesivamente como vencedores y como vencidos, los Samnitas, los Romanos, los Lombardos, los Sarracenos, los Normandos, y el suelo cubierto de ruinas muestra todavía el espíritu de destrucción de que estuvieron animados todos esos pueblos.

San German, que descubrimos al dar vuelta al valle, presenta una primera prueba de ello. Esta población elegante, edificada en 866 por Bertario, abad del monte Casino, se levanta sobre las ruinas de la antigua Cassinum. Esta importante ciudad de los Samnitas llegó á ser conquistada de los Romanos, y después presa de los bárbaros. De su antiguo esplendor no quedan más que recuerdos; algunas columnas de granito colocadas en la iglesia de San German y un anfiteatro bastante mal conservado. Ummida Quadratilla la mandó construir á sus expensas y la dió á sus habitantes. Algunos siglos más tarde aquella mujer tal vez hubiera prodigado su fortuna en edificar hospitales; ¡ved la influencia de las doctrinas religiosas! Sea lo que fuere, la inscripción que recuerda la fundación del sangriento edificio se conserva en el Monte-Casino. Está concebida así.

VMMIDA C. F.
QVADRATILLA
AMPHITHEATRVM ET
TEMPLVM CASINATIBVS
SVA PECVNIA FECIT.

En cuanto al templo pagano, cuya existencia revela la misma inscripción, no quedan de él vestigios.

Después de un frugal almuerzo, bajamos al patio del hotel, en donde nos esperaban las pacíficas cabalgaduras que de-

bían llevarnos al monasterio y estaban en la cima de la montaña; esas cabalgaduras, no os disgusteis, eran asnos. Nada de bur-las; quien quiera que seais, filántropos, turistas, aficionados, el asno debe sero respetable. Es el caballo del pobre y casi siempre la cabalgadura obligada del peregrino de las montañas; un día tal vez reconoceréis que sus humildes servicios iguala muchas veces á los de los corceles del desierto. Nuestra caravana se componía de Europeos y de Americanos, los dos mundos se habían dado cita para hacer juntos una peregrinación al antiguo santuario de la ciencia y de la civilización. Visto el monasterio del Monte-Casino desde abajo de la montaña, presenta el aspecto severo de una ciudadela. Sus anchas bóvedas, sus altas murallas y todo aquel aparato de la fuerza, están demasiado justificadas por las circunstancias que acompañaron su fundación y por los acontecimientos de que fué teatro durante los primeros siglos de su existencia.

Al pié de esta montaña, cuya cima elevada domina todas las de los alrededores, llegaba en 529 un hombre joven todavía; se llamaba Benito. Vestido con un largo traje negro, un bastón en la mano, viene solo y á pié, desde el desierto de Subiaco; pero ¿á dónde vá? tal vez él mismo lo ignora. Todo lo que sabe es que va como aquel famoso conquistador, á donde Dios le lleve; *quo Deus impulerit*. En efecto; Dios le lleva por la mano, porque le está confiada una gran misión. Al tiempo en que atravesaba solitariamente los profundos valles del Apenino, se oía por una parte el ruido del imperio romano que caía con estrépito bajo los golpes repetidos de los bárbaros; por otra, los gritos salvajes de nuevas hordas que acudían desde el fondo del Asia para participar de los girones sangrientos del vasto coloso; la destrucción marchaba tras ellos; por donde

pasaban reinaba el silencio de las ruinas. Dios quería salvar de aquel vasto naufragio la ciencia y la civilización, prendas preciosas de un mundo nuevo. El humilde peregrino había recibido orden de tomar las en los pliegues de sus vestidos de sayal y de ocultarlas allí, así como Israel al salir para la cautividad de Babilonia ocultó en la tierra la chispa de fuego sagrado. Benito busca un asilo para depositar en él su doble tesoro. Al llegar al pié de aquella montaña sabe por el cielo que allí es donde debe detenerse. Sube á la cima, destruye un templo de Apolo y lo reemplaza por un santuario al verdadero Dios, acompañado de una humilde morada para sus siervos. Todavía hoy, un bello fresco de la iglesia recuerda este hecho memorable.

El Monte-Casino no tardó en llegar á ser el asilo de la ciencia y de la civilización su hermana, así como la Religión es madre común de ambas. La Italia, la Inglaterra, la Alemania han sido sucesivamente iluminadas por misioneros bajados de aquella célebre montaña. ¿Cómo no sentir alguna impresión causada por el objeto que conducía el mismo día, á la misma hora, hácia aquella cima elevada, antiguo foco de las luces del Occidente, á tres Franceses, á un Prusiano, á dos Ingleses y á un Americano?

A media cuesta se levanta una capilla dedicada á Santa Escolástica, hermana gemela de San Benito; luego una segunda consagrada á San Mauro, uno de los primeros y más gloriosos hijos del venerable patriarca; en fin, ántes de llegar al convento se encuentra la hospedería. Es grande y bien servida; los extranjeros son recibidos allí gratuitamente con aquella cordialidad que caracteriza los siglos de la fe. Una larga y sombría gruta, hecha de piedras, sirve de entrada al monasterio. El patio, la escalera del primer atrio, la

imponente fachada de la basilica levántada en la cima de la montaña y en la soledad salvaje del Apenino, tienen algo de solemne que produce una grande impresión. A la derecha y á la izquierda del atrio aparecen las estatuas colosales de San Benito, de Santa Escolástica su hermana, y de Santa Abundancia, madre de ambos. Bajo las miradas de esta familia de héroes se llega por una soberbia escalera á las grandes puertas de la Iglesia; son de bronce y están adornadas con bajos relieves de notable trabajo. La del centro fué traída de Constantinopla en 1066. En la de la izquierda están inscritas en letras de plata las donaciones de tierras, de aldeas y de castillos hechas á la abadía. La tercera presenta la historia cronológica de las restauraciones de la iglesia y del convento. La basilica de Monte-Casino, digna hermana de San Martín de Nápoles, brilla con una gloria exclusiva por sus esculturas en madera y por sus magníficos libros de coro. Han sido necesarios Benedictinos para escribir, ilustrar, adornar con millares de viñetas, á cual más poéticas y brillantes, aquellas enormes hojas de vitela que desarrolladas cubrirían tal vez la tercera ó la cuarta parte de una fanega de tierra.

Encima de la Crypta ó *Soccorpo*, en la cual están las tumbas de San Benito, de Santa Escolástica, de San Mauro y de San Plácido, se levanta el altar mayor, resplandeciente de mármol, de piedras preciosas, de alabastro, de lápiz-lázuli y de brocatela! El sepulcro que encierra el cuerpo del hermano y de la hermana tiene esta bella inscripción:

BENEDICT. ET SCHOLSAM
UNO IN TERRIS PARTU EDITOS,
UNA IN DEUM PIETATE GELO REDDITOS
UNUS HIC EXCIPIT TUMULUS,
MORTALIS DEPOSITI PRO AETERNITATE
CISTOS

Las capillas laterales, así como los mausoleos del príncipe de Mignemo y del joven Pedro de Médicis, son de una buena arquitectura y de rara magnificencia. Además, a aquellas bellezas exteriores no podrían hacer olvidar al alma cristiana la santidad secular del lugar que visita. Cada altar, cada cuadro, cada escultura le recuerda algún rasgo de una vida heroicamente cristiana. Por todas partes una nube de santos la contempla, y la basilica toda entera parece resonar aún con las voces varoniles y numerosas de aquellos hijos de la soledad, cuyos acentos, salidos de la cima de la montaña, elevaban hasta el cielo los suspiros de sus hermanos errantes bajo ellos en el valle de lágrimas.

De la iglesia pasamos al interior del convento conducidos por el amable y sabio religioso encargado del archivo. A la emoción religiosa producida por la visita de la iglesia, viene añadir interesantes recuerdos el interior del convento. Las antiguas órdenes religiosas, esencialmente conservadoras, son en sus costumbres, en su lenguaje y en sus trajes, fieles testigos de un mundo que ya no existe. Cada convento de benedictinos en particular, es una página de la historia, antigua no solo para el cristiano, sino también para el filósofo y muchas veces para el artista.

“La arquitectura de los monasterios, escribía el abate Fleury, es la de la casa romana.” La verdad de esta observación es tan palpable en el Monte-Casino, que hasta el viajero menos observador no podría engañarse. “El monasterio del Monte-Casino, dió uno de nuestros guías franceses, verdadera colonia religiosa y sabia, reunía en su recinto todas las artes, oficios y profesiones, alojados con amplitud en edificios separados. Del mismo modo que entre los antiguos, si la parte pública de la casa era grande y la parte privada pequeña, así en el convento el vestíbulo, los pór-

ticos, la sala de cabildo, el refectorio, todo lo que sirve á la comunidad es vasto y magnífico. Solo se tiene en cuenta la sociedad, el individuo desaparece, y la celda de la abadía no es más grande que una recámara de Pompeya. Solo los monasterios habían perpetuado estas venerables costumbres de la antigüedad, tan opuestas á las costumbres y usos de algunas épocas modernas, en que las necesidades y los goces del hombre se han extendido y multiplicado á medida que el Estado y la sociedad se han empequeñecido.”

La biblioteca, bella y vasta pieza adornada con estatuas de los grandes hombres de la orden de San Benito, contiene veinte mil volúmenes. Cualquiera que sea la rareza de aquellas obras, los monumentos forman la verdadera riqueza de aquellos preciosos archivos. Se cuentan ochocientos diplomas originales, de los cuales muchos se remontan al siglo nono.

Después de habernos hablado nuestro amable guía de los trabajos del célebre P. Frangipani sobre San Agustín, y de habernos enseñado los voluminosos manuscritos de obras demasiado ligeramente atribuidas á aquel gran doctor, abrió un armario, diciendo: “Hé aquí lo que no es del obispo de Hipona;” y nos puso en las manos una carta original del terrible Mahomet II al Papa Nicolás V. El sultán suplica en ella al papa que haga cesar los armamentos de los príncipes cristianos contra los turcos. El fausto oriental respira todo entero en las primeras líneas de aquella pieza. “Machabeta, rey de los reyes, Señor de los señores, almirante, gran sultán Begri, hijo del gran sultán Marath, siervo de los siete Musaphy, saluda cuanto es digno, á Nicolás, vicario de Jesucristo crucificado por los judíos.” ¿No se cree estar oyendo á Nabucodonosor?

La respuesta del Soberano Pontífice, unida á la carta del sultán, comienza así

“Nicolás, siervo de los siervos de Dios, saluda cordialmente á Machabeta, señor de los Turcos y príncipe de los infieles.” ¿Qué contraste! El Papa entra en seguida en el pormenor de los agravios del mundo cristiano contra la potencia otomana y declara con gran energía que las fingidas promesas del sultán no le harán cambiar. ¿Por qué los viejos detractores del papado no van á hojear nuestros antiguos archivos?

Lo que visitamos después, penetrados de un respetuoso amor, es la capilla estrecha y baja que fué celda de San Benito. Una bella pintura representa al venerable patriarca contemplando el alma de su hermana querida que vuela al cielo bajo la forma de una paloma. Salimos de los claustros y quisimos recorrer las cercanías del convento no tanto para gozar del vasto horizonte que la vista puede apenas abrazar, cuanto por recoger algunos nobles recuerdos en que abunda aquella tierra; hay dos de ellos, sobre todo, que interesen al viajero frances.

A la sombra de aquellos grandes muros de un amplio tapiz de verde césped, en las orillas de aquellos bosques de encinas y de olios salvajes, se recreaban hace seis ú ocho siglos grupos bulliciosos de niños, alegres escolares, hijos de los grandes señores del país, á quienes sus padres confiaban al cuidado de los religiosos de San Benito para que los hicieran hombres como entonces se entendía esta palabra. Una educación severa y cristianamente inteligente disciplinaba á aquellas jóvenes almas, las templaba fuertemente y las armaba contra las grandes luchas de la vida. Conviene bien reconocer que la Edad Média con sus tendencias mitad caballerescas, mitad monásticas y siempre profundamente selladas con el doble carácter de religión y de grandeza, fué en gran parte la alumna de los Benedictinos. En el número de estos nobles escolares, el Monte-Casino

muestra con un orgullo paterno al joven Tomás, hijo del conde de Aquino, cuyo castillo está situado en las inmediaciones. A la edad de cinco años él también jugaba en los claustros, en la cima de la alta montaña, de la cual no debía bajar sino para llegar á ser la gloria de la orden naciente de Santo Domingo, el astro más brillante de la Universidad de París, y bajo el nombre de Doctor angélico, la eterna admiración del mundo entero.

Estos lugares hablan también de otro personaje que no podemos olvidar. La orden de San Benito recorría el segundo siglo de su gloriosa existencia, cuando un día, al ponerse el sol, dos peregrinos desconocidos subían el flanco pedregoso del Monte-Casino y tocaban después la puerta del convento. “Sed bien venidos, hermanos míos, les dijo el padre portero.—Dios os bendiga por vuestra caridad. ¿Qué pedís, hermanos? les dijo el abad.—Hemos venido, replican los extranjeros, para servir á Dios con vosotros, en esta santa casa.” Son admitidos en el número de los hermanos; pero se dan órdenes de vigilar con cuidado su conducta y de probar su vocación. El abad mismo quiere encargarse de uno de ellos. Para ejercitar su paciencia y su humildad, le manda á cuidar ovejas; el extranjero obedece con gusto. Todas las mañanas llevó á la llanura que ahora recorriamos nosotros, á su pequeño rebaño que cuida con amor y que conduce por las tardes al monasterio. Un día, algunos ladrones que salen de la selva, quieren arrebatarle una de sus ovejas; corre hácia ellos y les dice: “Haced conmigo lo que queráis, pero no permitiré que tomeis algo de lo que se me ha confiado.” Entonces aquellos malvados le despojan de sus hábitos y se retiran; el pobre pastor vuelve al convento casi desnudo. Para probarle, el abad, lejos de conpadecer sus penas, le trata de hombre cobarde y de mala conducta; á esto

el desconocido responde humildemente: "Bien sé que soy más que un pecador que comete muchas faltas."

Algun tiempo despues le sujeta el abad á otra prueba y le manda que vaya ayudar al hermano que sirve la cocina. El extranjero se inclina profundamente y se dirige á su nuevo empleo; pero no habiéndolo practicado nunca hace mil torpezas. El hermano cocinero se impacienta tan fuertemente que llega á darle golpes. El desconocido nada responde, pero el otro extranjero no pudiendo contener su indignacion, dice al cocinero: "Hermano, que Dios y Carlomagno os lo perdonen; *Frater, ignoscat Deus et Carlomannus*. "Pocos dias despues, una nueva falta provoca la misma escena, y el compañero del desconocido dice otra vez: "Hermano, que Dios y Carlomagno os lo perdonen; *Frater, ignoscat Deus et Carlomannus*." Por fin, una tercera torpeza causa el mismo tratamiento al pobre novicio. Entónces su compañero, dominado por la cólera, tomó una mano de mortero, pegó con ella al cocinero y le dijo: "Mal servidor, que ni Dios, ni Carlomagno te lo perdonen; *Nec tibi Deus parcat, serve nequam, nec Carlomannus ignoscat*."

Habiendo sabido esta querella el abad, mandó poner en prision al compañero del desconocido y al dia siguiente le hace comparecer ante el cabildo reunido. El acusado estaba de rodillas: "¿Por qué, le dijo el abad, habeis golpeado al hermano cocinero?—Porque he visto al más malo de todos los servidores golpear al mejor y más noble de todos los hombres.—¿Quién es, pues, ese religioso á quien llamais el más noble de todos los hombres?—Es nuestro príncipe Carlomagno que ha dejado su dignidad y la gloria del mundo por amor á Jesucristo." A estas palabras, todos los religiosos asombrados, el abad á la cabeza, se levantan de sus sillones de

coro, rodean al príncipe y le dan mil excusas. Pero olvidando lo que habia sido en el siglo: "Padres y hermanos míos, les dijo Carlomagno, vosotros os engañais, yo no soy un príncipe, no soy más que un pobre pecador." Muy pronto por órden del Papa Estéban fué enviado el pobre pecador del Monte-Casino á la Francia, para tratar con su hermano Pepino de los grandes intereses de la paz de la Europa. Murió en este viaje y solo su cuerpo volvió al Monte-Casino en un ataúd de oro, en donde fué hallado en 1628. ¹ Esta historia del príncipe frances da lugar á una semejanza característica de la Edad Média y de la época actual. En los siglos de fe, la humildad, base de todas las virtudes cristianas, era considerada como la garantía de todas las virtudes sociales; el mérito, sobre todo, trataba de ocultarse.

Cuando un hombre, sin intrigas por su parte, era llamado á las dignidades, respondia temblando: "Vosotros os engañais, no soy más que un pobre pecador;" y hacia grandes cosas. Hoy se procede de otro modo. Cualquiera que trata de llegar á las dignidades (¿y quién no las quiere?) manda tocar delante de sí la trompeta, se adelanta con la cabeza levantada en medio de la plaza pública, y subido en el pedestal de su orgullo grita á la multitud, cuyos sufragos mendiga: "Yo soy el más capaz, el el más virtuoso, el más digno." Luego, cuando llega al puesto, multiplica los errores, y muchas veces las bajezas. Esto debe ser así; pero ¡desgraciados de los pueblos entre quienes se practica semejante sistema! A los recuerdos sucedió la realidad. Vimos las clases en que los Benedictinos continúan formando la juventud en la ciencia y en las virtudes; de sesenta á setenta jóvenes componen su interesante colegio. En los momentos de nuestro tránsito, el

¹ Historia de la órden de San Benito, t. II, p. 11.

Monte-Casino contaba diez y ocho Padres, once novicios y trece hermanos. Su vida, dividida entre el estudio y la oracion, pasa á los ojos de Dios en una calma que ambiciona uno para sí, pero que ¡ay! no pasa los límites del claustro.

Apénas habiamos dejado á San German y vuelto á tomar á toda carrera el hermoso camino del valle, cuando nuestro coche se detiene bruscamente, vuelve atrás y permanece suspendido á la orilla del foso. *San Antonio!* San Antonio! tal era la única exclamacion del conductor. En un abrir y cerrar de ojos nos pusimos en tierra y vemos un desgraciado caballo con temblor en todos sus miembros, y que en sus movimientos convulsivos pudo precipitarnos á una profunda barranca. Para evitar otra desgracia mayor, se cortaron las guarniciones, y el animal, arrojando espuma, fué á caer á pocos pasos con las patas al aire. *San Antonio!* *San Antonio!* Qué desgracia! y el pobre cochero tiraba al suelo su sombrero, se arrancaba los cabellos y lloraba como un niño.

Los franceses, el inglés y el americano nos apresuramos á consolarle, á darle ánimo y tambien á socorrer al animal. Solo nuestro compañero el prusiano permanece inmóvil á la orilla del camino, fumando tranquilamente su pipa y gritando de vez en cuando al cochero: *Picaro, tú tienes la culpa; debiste darnos un caballo mejor*. Despues de largos esfuerzos fué levantada la desgraciada béstia y aun vuelta á poner al coche. El prusiano recobra su lugar gravemente, se ocupa de fumar y echar maldiciones; en cuanto á nosotros, ménos confiados, hicimos una parte del camino á pié y deciamos: Si en Francia sucediese semejante accidente, qué torrente de imprecaciones y de blasfemias saldrian de la boca del conductor! en Italia sale una invocacion piadosa. Nuestro desgraciado cochero invoca á San Antonio, porque segun

antigua costumbre, los animales se bendicen el dia de su fiesta y se ponen bajo su amparo particular.

Qué diferencia entre el pueblo que cree y el que no cree ya; en la desgracia, el uno ruega y el otro blasfema.

Eran las seis cuando llegamos al hotel aislado *dell'Amalfe*. Allí es estacion de una posta militar que vela al extremo de la frontera del reino de Nápoles. Visto el estado de nuestro tren, se decidió que pasaríamos allí la noche. Miétras cada cual se ocupaba en hacer los preparativos de su campamento, algunos bribones rodeaban el coche, lo examinaban curiosamente y se permitian subir los estribos para inspeccionar el interior. Sucedió que uno de esos jóvenes, percibiendo en la bolsa del fondo una soberbia pipa, tuvo á bien apoderarse de ella y desapareció; el propietario del objeto-robado era nuestro Prusiano. Al verse éste en el patio, su primer pensamiento es encender su pipa; la busca en sus bolsillos y en el coche y no la encuentra; pregunta por ella á todo el mundo; sube á su cuarto y vuelve gritando: *¡Me han robado mi pipa!* y juraba y se enfurecia. El cochero, testigo de aquella escena, le miraba inmóvil y repetía con una sonrisa maligna: *Excelencia, vos teneis la culpa; era necesario vigilar*. Poi fin uno de los soldados de la posta se puso á buscar al jóven ladron y al cabo de media hora trajo la pipa, que mediante dos carlinos, volvió á entrar á la bolsa del propietario.

4 DE MARZO.

Arce.—Arpino.—Recuerdos de Ciceron y de Mário.—Aquino.—Recuerdos de Santo Tomás.—Rocca Secca y el P. San German.—Ceprano.—Frosinone.—Ferentino.—Recuerdos profanos.—Prision de San Ambrosio.—*Angelus* de la tarde.—El hospicio de la Fuente.

La cadena de montañas que sigue á la derecha trae grandes recuerdos. Arce, cu-